

(01033)
¡Vaya día!

La mañana había amanecido gris y lluviosa, algo inusual en pleno mes de agosto. Por si fuera poco, había tormenta. En estas condiciones, a los que aún no disfrutaban de vacaciones y debían estar pegados al puesto de trabajo, se les hacía muy cuesta arriba las adversas condiciones climatológicas.

—Al menos se refresca el ambiente, tú.

—Déjate de coñas. Lo único capaz de refrescarlo, a ti, a mí y a todo quisque, son unas buenas vacaciones. Sobre todo cuando la mayoría del personal las está disfrutando. A ver si Matute tiene un detalle y se estira un poco el tío...

—Ni lo pienses ni lo esperes. Yo llevo más años que tú en este invento y sólo nos alegra con quince días cuando a él le conviene. A veces, ni eso... Y si no estás de acuerdo, ya sabes, puerta y adiós muy buenas...

—Baja la voz, tío, que acaba de asomar la patita... y me parece que viene como el tiempo, tormentoso...

Matute traía una cara que despedía huéspedes. Sus mecánicos, Juanmi, alias "El Chispas" y el Alejandro, no se equivocaban. Antes de que pudieran escabullirse de nuevo al tajo, ya les había echado la vista encima...

—Buenos días, por decir algo. ¿Qué, de parranda?

—Buenos días, señor Matute. Esperando a algún cliente porque hoy sólo han venido cuatro gatos.

—Debe ser por el día de perros que hace —apostilló el Chispas.

—Si no es por la flota de coches del Ayuntamiento, a los que nos debemos todos los días del año, iba a estar trabajando su putísima madre... Y, encima, se pone a llover a cántaros...

—Señor Matute —dándose cuenta de que trae un dedo vendado—, ¿qué le ha pasado?

—Esta dichosa mañana. Para una vez que se me ocurre desayunar en casa...

Cuando estaba cortando un poco de jamón hubo un trueno tan fuerte que perdí la concentración y me rebané parte del dedo. Bueno, nada sin importancia pero estuve sangrando media hora.

—¿Habrá ido al Hospital, no?

—Qué va... ¿Creéis que yo soy tan debilucho como vosotros, que en cuanto veis un poco de sangre os cagáis las patas abajo? Peor fue lo del Sergio...

—¿Le ha pasado algo a su hijo?

—Cinco puntos de sutura en un dedo...

—¿También cortando jamón?

—¡Qué dices, hombre! Al oír que me cagaba en todos los santos por culpa del cuchillo jamonero, acudí todo alocado a la cocina, puso la mano en el quicio de la puerta y una ráfaga de aire la cerró con tal fuerza que le machacó medio dedo índice. ¡Lo tenía colocado donde no tenía que colocarlo! Ya os imagináis, yo sangrando como un toro bravo y el chaval aullando como un lobo en celo.

—Pues vaya mala pata...

—Más que mala pata, mala mano.

- Todo se lo toma con buen humor, señor Matute... Hasta las adversidades...
- Menos que pierda el Barça, ¿eh? Menos que pierda el Barça. Entonces me dura el cabreo toda la semana.
- No, si ya lo sabemos bien, aunque tocaremos madera porque de un tiempo a esta parte todo son triunfos. La temporada pasada ha sido fabulosa...
- No me hagas la pelota, Alejandro, que tú eres del Madrid...
- Sí, pero usted es mi jefe...
- Bueno, el caso es que hemos empezado mal el día pero quizás lo acabemos de maravilla.
- Y la señora, ¿qué tal ha pasado los dos sustos?
- No está en casa. Anda de viaje por el extranjero viendo cómo funciona el tráfico en Berlín. Con el alcalde y varios concejales... Así que cogí al chava y me lo llevé al centro de salud más cercano. Bah, cinco puntos de nada. Un aprobado. A ver si ahora, aprovechando que no podrá coger los mandos de la Play, le da por estudiar un poco que septiembre está a la vuelta de la esquina y éste no va a pasar de curso ni aunque le aprueben todas las asignaturas.
- Bueno, señor Matute. Tampoco pasa nada. Siempre podrá dedicarse al taller. Es un buen negocio...
- Eso quisiera yo, que fuera un buen negocio... Como hoy, ¿no? Que no aparecen por aquí ni las águilas... Anda, iros para el taller y que Celestino os dé algún trabajo mientras tanto...
- Hasta luego, jefe...

Matute se dirigió entonces a su despacho. Nada más cerrar la puerta sonó el móvil.

~¿Diga?

~¿Qué pasa, cariño? ¿Cómo van esas mini vacaciones?

~¡Hombre, señora Reina, dichosos los oídos que la escuchan!

~¿Todo bien, amor?

~Todo fenomenal, estupendo, maravilloso... Sin novedad en el frente de Mospintoles. De vacaciones, ya ves... Y por Berlín, ¿qué? ¿Hay mucho tráfico?

~Nos están tratando de maravilla y estamos quedándonos con muchas ideas para aplicar luego en la ciudad.

~Oye, ¿viene o no viene al Rayo ese jugador alemán tan misterioso del que todos hablan pero nadie sabe nada?

~Eso pregúntaselo a López. Aquí estamos para cosas mucho más serias que esa, maridín...

~¿Y cuándo regresáis de la *tournéé*?

~Hemos alargado un par de días la visita. Aprovecharemos para completar el informe visitando otras ciudades alemanas cercanas. Nos han invitado y no podemos hacerles ese feo...

~Sí, sí... invitado... Cuéntame otra trola más creíble, reina... Bueno, acuérdate de traerme lo que te pedí...

~No se me ha olvidado, cariño. Te llevaré las bufandas de todos los equipos que me pediste. Para que luego digas que no te hago caso... Tengo que dejarte. Vamos a iniciar una visita por la isla de los Museos, donde quizás encontremos más ideas que llevar a la práctica en nuestra querida ciudad.

~¡Pero si no tenemos ni un museo, mujer!

~Pues a nuestro regreso lo mismo damos una sorpresa y montamos uno...

~Cuídate, cariño, que por allí seguro que está lloviendo más que aquí. Dos veces que he ido a Berlín siguiendo al Barça, dos veces que acabé más mojado que una toalla de baño. María... ¿María? ¡Coño, ni María ni pollas! ¡Se ha cortado el puto teléfono! Joder, qué día llevo... Yo embadurnado en mercromina y la señora viviendo como una reina allá en Berlín. Joder, qué puta vida...

—¡Señor Matute, señor Matute, pronto, acuda a la oficina, el Pelucas se ha desmayado! —el Chispas, nervioso perdido, asomaba la nariz por la puerta a medio abrir.

—¡Dios, lo que me faltaba!

Cuando Matute llegó a la oficina todo estaba en calma. Aquello acabó de asustarle definitivamente. Abrió la vieja puerta de cristal y sólo vio al Pelucas, medio atontado pero vivito y coleando. Allí dentro no había nadie más.

—¿Y los demás? —preguntó Matute todo sorprendido.

—Han salido huyendo, señor Matute —replicó aquel hombrecillo, con cara somnolienta e inexpresiva, y que respondía al mote de El Pelucas.

—¿Y a dónde coño han ido, si puede saberse?

—Pues no lo sé, señor. Yo solo sé que no sé nada...

—¡Mira el Aristóteles éste! Algo sabrás, digo yo... porque te has desmayado, ¿o no?

—No sé...

—¡Me cago en la madre que os parió a todos! —Mirando a un sorprendido Chispas— ¿Y tú qué dices, angelito? ¿No se había desmayado el Pelucas? ¿Y dónde han ido a parar el Anselmo y el Rafa? ¿O es que no han venido hoy a trabajar porque el día amaneció algo lluvioso? ¡Habla o aquí va a pasar algo gordo!

—Yo... no sé...

—¿Otro Aristóteles?

—¡Manos arriba!

Saliendo de detrás de un armario apareció un tío con una pistola y un pasamontañas cubriéndole el careto.

—¡Ostras, lo que me faltaba!

—¡Pronto, la pasta, no tengo tiempo que perder!

—Pero ¡qué pasta ni qué macarrones, joder! Si hoy no ha venido ni el último de Filipinas!

—Oiga, no le entiendo... ¿Qué coño ha querido decir?

—¡Me cago en diez... y encima tonto! ¡No puede ser... no puede ser que todo esto me esté pasando a mí! (Mesándose los cabellos y luego elevando los brazos al cielo). ¡Yo quiero irme a Berlíiiiiin!

—¿Pero qué dice este tío? —El atracador empezaba a impacientarse— ¡Déjese de rollos y suelte la pasta gansa que tenga en la caja fuerte!

—¿Pero tú eres imbécil? ¿Caja fuerte? ¡Pero si aquí nadie paga al contado!

—Déjese de coñas y al turrón. Venga, la pasta...

—La pasta... ¿Y no hay otro sitio, pedazo mamón, que venir a los talleres Matute a dar sablazos? ¿Pero tú en qué mundo vives, desgraciao?

—Joder, mis informes dicen que aquí se mueve mucha tela. Usted tiene una contrata en exclusiva con el Ayuntamiento para arreglar todos los coches oficiales y de la policía municipal. Este es el único taller que no hace vacaciones en todo el año. Usted tiene más pasta que pesa...

—Pero, ¿quién cojones te ha dicho todo eso?

—Pues... alguien de aquí dentro.

—¡Coñooooo, pues sí que estás bien *informad*!

En esas estaba el señor Matute, con la mosca detrás de la oreja, pensando quién demonios podía ser el chivato, cuando se oyó un fuerte ruido... La puerta se abrió de improviso...

—¡Quieto todo el mundo! ¡Policía! ¡Al suelo, vamos, al suelo!

—Joder, con lo sucio que está... —susurró el Pelucas.

—Pero si eres tú, Bermúdez... Gracias a dios, hombre, gracias...

El agente municipal, junto a otros tres números de la policía local que ya tenían amarrado por todas partes al atracador, se dio cuenta rápidamente de que la situación estaba controlada —sí, pronto adivinó que la pistola del atracador era de mentirillas— y que el señor Matute no corría peligro.

—Señor Matute, hemos venido lo más pronto que hemos podido. Dos de sus empleados, muy nerviosos, nos han informado de todo. Ya ve como está el patio con esto de la crisis. Ni a los talleres mecánicos respetan estos chorizos...

—Eh, oiga, un respeto, que yo soy un tipo honrado...

—Eso se lo dice usted al juez. —Y dirigiéndose a Matute...— ¿Quiere verle el careto a este señor tan fino y honrado?

—¡No, por favor, hace mucho frío y estoy muy calentito con la capucha...!

—A ver, Martínez, ¿quitarle el pasamontañas a un atracador va en contra de sus derechos y de la Constitución?

—Yo creo que no —terció el policía aludido por el poli Bermúdez—. Yo diría que incluso le hacemos un favor porque en pleno mes de agosto, y a pesar de que esté lloviendo, hace un calor agobiante...

—¡No, no... por favoor! —descubriéndole la cara.

—¡Pero si es el Pera!

—Lo siento, señor Matute. Yo no quería hacerlo pero la Loles ya sabe lo mandona que es, no tenemos un euro y me amenazó con que si hoy no regresaba con buenas noticias...

—¡El Pera! ¡Vaya pu-ña-la-da tra-pe-ra que acabas de darme, hijo mío! ¡El Pera!

—Matute se echó en el sofá, completamente abatido.

—¿Se encuentra bien, señor Matute?

—Sí, Bermúdez, sí. Ya sólo falta que me quede embarazado... No sé qué más me puede pasar hoy. Y eso que sólo son —mirándose el reloj— las doce del mediodía. El Pera...

—Lo siento, tuve que escoger entre la Loles o quedarme más solo que un pájaro muerto... Llevado de mi desesperación sólo se me ocurrió que usted gana mucho dinero y que...

—Deja de llorar, cobarde... ¿Entre la Loles y Matute escoges a la Loles, pedazo mamonazo? ¿Ya no te acuerdas de los dos años que estuviste aquí trabajando? ¿No te acordabas ya del Pelucas, al que has debido dar un susto de muerte? ¿Y de que aquí somos una familia? ¿Tampoco te acordabas la de veces que te llevé conmigo a ver al Barça por esos mundos de dios? Podías haber venido de buenos modos que en algo te hubiéramos ayudao...

—Lo siento, señor Matute... —Entre lloriqueos...—. Después que me fui de aquí sin avisar...

—Ahora entiendo... y con varias piezas de repuesto que desaparecieron en aquellos días...

—Sí, fui yo... La Loles me amenazó con dejarme si no llevaba a casa más pasta... Luego yo no tuve ya valor para regresar al taller...

—Cobarde y... *desgraciao*. Eso es lo que eres. Manda a tomar por saco al conejo de la Loles y vuelve a ser un hombre *honrao*, cacho tonto del haba...

—¿Qué hago, señor Matute? —El poli Bermúdez se vio obligado a intervenir pues tenía otras misiones importantes en cartera y tampoco era muy amigo de las telenovelas.

—Déjalo de mi cuenta, Bermúdez. Muchas gracias por venir y desenmascarar a este pobre *desgraciao* que lo único que necesita es un empleo y mandar a la Loles a tomar por saco...

—¿Quiere que actuemos contra la susodicha? No parece canela fina...

—Pero si es idiota, Bermúdez. Y tiene un culo gordo que parece una plaza de toros. Y una barriga que *pa'* qué... Pero si es que no sé qué coño le ha visto este *desgraciao* a la tal Loles para perder la cabeza por semejante monstruito...

—El amor, señor Matute... —contestó entre quedos sollozos el tal Pera.

—La gilipollez tuya, Pera, que eres un gilipollas de tomo y lomo. Para dos polvos que echarás en un mes... —Dirigiéndose al policía Bermúdez—. Déjalo

de mi cuenta. Lo voy a mandar a casa de una tía suya durante una breve temporada, allá por Lérida, y luego veré a ver lo que puedo hacer por él. Ya le buscaré algún curuleo con alguien conocido porque éste, después de lo hoy y lo de la otra vez, éste no pisa aquí el taller ni aunque le toque el gordo de la navidad.

—Pues hasta la vista, señor Matute. Y dele recuerdos a su señora...

—Por Berlín anda... Con el alcalde y parte de la tropa. Pasándoselo bien a cargo del contribuyente mientras ustedes y yo tenemos que bregar con gente como esta...

—Hasta la vista, señor...

Una vez se fueron los policías, Matute se levantó del sofá, se subió un poco los pantalones y dio varios paseos por la oficina, mientras que el Pelucas, el Chispas y el Pera le miraban con preocupación.

—¿Y el Anselmo y el Rafa?

El Pelucas, apodado así por la hermosa cabellera postiza con que ocultaba su calvicie de nacimiento, se vio obligado a tomar la palabra:

—Cuando el Pera, o sea, el atracador, nos dijo que esto era un atraco, valga la redundancia, salieron echando leches de la oficina...

—Aprovecharon que éste —ahora hablaba el Pera, refiriéndose al Pelucas— se medio desmayó del susto y salieron por la puerta a toda velocidad.

—Seguramente para avisar a la policía, que era más urgente que avisarle a usted. —Juammi el Chispas también se vio impelido a dar su opinión—.

Instantes después debí llegar yo y como vi al Pelucas con tan mala pinta, *echao* encima de la mesa, acudí deprisa a avisarle a vuesa merced...

—¡Encima con pitorreo, Juammi?

—Discúlpeme, jefe, todavía me dura el nerviosismo y me ha salido así la frase... Perdone que se lo diga, pero yo creo que a todos nos sentarían bien unos días de vacaciones...

En aquellos momentos empezó a sonar el móvil de Matute. No se atrevía a cogerlo. Miró el cuadro humano que tenía delante de sus ojos y decidió recibir la llamada...

—Otra desgracia. ¡Estoy seguro que esta llamada es otra desgracia!

—No la coja, jefe, no la coja —soltó el Pelucas, todo preocupado.

—Seamos valientes. Aquí la única desgracia imperdonable sería que el Barça no gane la Liga y la Champions la temporada entrante. ¿Diga...? Sí, señor Reich... sí, claro que lo recuerdo... ¿Que si podemos tener una cena de negocios esta noche? ¡Cómo no!

Los empleados (y el atracador frustrado) poco sacaron en claro de aquella llamada, pero tras colgar el teléfono, Matute se tomó con calma la escena y las miradas inquisitivas que le rodeaban, respiró profundamente, sacó un puro de un bolsillo de su chaqueta, lo encendió, dio un par de caladas echándoles el humo a los mirones y dijo como el que no quiere la cosa, como sin darle

importancia:

—Hoy sólo me faltaba quedarme embarazado. ¡Pues ya lo estoy! Dentro de nueve meses aproximadamente Matute tendrá un nuevo vástago.

—¿Un nuevo qué? —preguntó el Pera, cuyo caletre ciertamente no daba mucho de sí.

—Una nueva criatura, merluzo. ¡Talleres Matute crece y pronto será el concesionario de una marca de automóviles de fama mundial y de alto copete!

—¿De alto qué? —volvió a preguntar el merlucilla...

—Enhorabuena, señor Matute... ¿Y cómo se llamará la criatura? —preguntó el Pelucas, todo ilusionado.

—Mercedes... Sí, casi con toda seguridad, Mercedes...

Matute salió de la oficina dando saltos de alegría. Su sueño quizás pronto sería realidad: ser concesionario oficial de una marca de coches de fama mundial. Se fue directo a la calle y se olvidó de todo: del "aprobado" de su hijo Sergio, del frustrado atraco del Pera, de Berlín, de su dedo rebanado, del día tan desastroso que llevaba y hasta del Barça de sus amores eternos. De pronto se paró en seco y se dio una palmada en la frente:

—¡Coño! Ahora que recuerdo, he atribuido la frase "sólo sé que no sé nada" a Aristóteles... cuando me parece que la dijo Sócrates... Joder, qué fallo, qué fallo...

Luego prosiguió la marcha. Las risas de Sebastián Matute se oían a dos kilómetros a la redonda.